



# TERCER RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2023-2024

**“MIEDO  
NOCTURNO”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
AULA DE LITERATURA  
ABRIL 2024**



# ÍNDICE

RUIDOS	Pilar Alcántara	4
GAEL, EL TERRIBLE	Javier Barragán	5
TERRORES NOCTURNOS	Concha Ibáñez Montero	6
AL DESCUBIERTO	J.C. Santa	7
SI LAS PAREDES HABLASEN	Antonio Polo Márquez	8
LA LLAVE	José A. Secas	9
DESEOS	José A. García Fera	10
EL SUSTO DE DANI	Isabel Casillas Ibáñez	11
DANIEL	Ángel Rodríguez García	12
EL DILEMA	Isabel González	13
EL MIEDO DE LA INFANCIA	Pilar Ruiz Estévez	14
RUIDOS NOCTURNOS	Vito Cruces	15



## **RUIDOS**

El monstruo se escondía entre las paredes. Él lo sabía. Cada noche se tapaba la cabeza con la sábana y tiritaba bajo las mantas soportando el miedo. A veces, se hacía pipí, pero no se levantaba. Era capaz de dormir mojado con tal de no salir de la cama y exponerse a la vergüenza. Los compañeros de habitación estarían dormidos y, si los despertaba, se reirían de él. Además, nadie escuchaba al monstruo de las paredes. Nadie, excepto él, y eso atraía las burlas de todos a su alrededor.

Por las mañanas tenía que enfrentarse al hecho de tener las sábanas húmedas y a la confirmación de su delito y su miedo. Habría un castigo, sin duda. Cada día era diferente. Desde que llegó al internado la humillación se repetía cada mañana. Nadie lo creía, pero él veía monstruos por todas partes. Ahora era peor, ahora los escuchaba.

A las cinco de la tarde ya estaba nervioso. La noche se acercaba y con ella aquel ruido que se le metía en los oídos y no le dejaba dormir.

Dani ha acabado en la consulta del médico del colegio. No se atrevía a contarle a Dr. Frances sus temores, pero ante la insistencia, ha terminado confesando su miedo al monstruo que se esconde en las paredes. El doctor le ha dicho que no hay tal monstruo y que los ruidos están solo en su cabeza. Le ha recetado unas pastillas que debe tomar durante la cena.

Esa noche, esperando el efecto de la pastilla mágica, Dani se ha mirado el pecho. Mientras los ruidos se hacían cada vez más grandes, ha llegado a la conclusión de que quizás, el monstruo habitara dentro de él, pero no en su cabeza, sino dentro de su corazón.

**Pilar Alcántara**

## GAEL, EL TERRIBLE

El padre bajó la persiana del dormitorio y se sentó en la cama de Dani. Una sombra se escabulló hasta esconderse bajo el escritorio. El *sueñósculo* observaba sin ser visto. En realidad no era necesario que se ocultase, los seres de *Safeneia* eran invisibles para el ojo humano, por eso en muy contadas ocasiones se ha sabido de su existencia. Gael, el *sueñósculo*, tenía la misión de proteger y cuidar a los más pequeños de la familia y sabía que para cumplir con su trabajo lo más importante era ser sigiloso. Pero en los últimos días habían surgido más problemillas de lo habitual. Un grupo de *zascojos*, pequeños duendecillos traviesos que deambulaban haciendo trastadas y bromas pesadas a los humanos, se habían colado en la casa de Dani y llevaban dos noches haciendo de las suyas: cambiaban las cosas de sitio, apagaban o encendían las luces en el momento más inesperado, rebuscaban en el cesto de la ropa sucia para llevarse un calcetín suelto dejando así al otro triste y desparejado (los *zascojos* adoraban los calcetines, eran el mayor tesoro que podían albergar, pero ¿para qué llevarse dos iguales?, con uno era suficiente. Por eso en todas las casas del mundo existen cajones con calcetines sueltos, sin pareja, esperando a que su igual aparezca algún día. No era la primera vez que Gael se enfrentaba a un grupo de duendecillos traviesos, las casas con niños pequeños eran las preferidas de estos seres que disfrutaban metiendo miedo y provocando ruidos y sombras inexplicables. Por eso Dani, aquella noche, le suplicaba a su padre que no se moviera de su lado hasta que se hubiera dormido, llevaba días escuchando unos extraños ruidos entre las paredes de su habitación, tenía miedo, mucho miedo. Gael no podía permitir que el niño al que él protegía fuese víctima de las pesadas bromas de esos irreverentes duendecillos. Él, que pertenecía a una generación de célebres *sueñósculos* custodiando a niños desde los tiempos más remotos, que había defendido los sueños tanto de conocidos nobles, monarcas y princesas, como de ilustres pensadores, artistas y músicos, que había salvado en incontables ocasiones a los niños dormidos en sus cunas y pequeñas camas del famoso raptor de criaturas conocido en el mundo entero como Peter Pan. Así que, evitando las habitaciones en las que dormían los humanos, dejó un rastro de pinzas para la ropa, monedas, tornillos y tuercas, y todas esas baratijas que tanto ansiaban los *zascojos* y esperó. Se escondió tras el ficus del pasillo y preparó su arma (un pulverizador lleno de un repelente de *zascojos* ideado por un antepasado suyo, secreto de familia). Los duendecillos no se hicieron esperar, atraídos por los preciados tesoros que Gael les había ido dejando. Eran seis, demasiados para un *sueñósculo* solo, pero no para un *sueñósculo* como Gael. Así que se plantó delante de ellos de un salto y los amenazó con su pulverizador.

—Uy, qué miedo, un *sueñósculo* con una pistola de agua —se burló uno de ellos—, ¿qué vas a hacer? ¿Mojarnos?

Las carcajadas de los *zascojos* se convirtieron en quejidos con el primer disparo de Gael.

— ¡Pero si huele a colonia! ¡Ag, qué asco! ¡Es colonia!

— ¡Y champú! ¡Y gel de ducha! ¡Y detergente! ¡Y ambientador de pino! ¡Fuera de esta casa, escarabujos truquilianos! ¡No volváis jamás por aquí! ¡Y decidle a todos los de vuestra calaña que aquí está de protector Gael, el terrible sueñósculo!

Desde aquel día Dani no volvió a escuchar ruidos en las paredes de su habitación, ni a perder calcetines. Pero le resultó curioso descubrir que cada vez que salía o entraba un agradable olor a colonia, champú y ambientador rodeaba la casa en la que vivía. Gael procuraba rociar con su mejunje secreto todas las puertas y ventanas para que cualquier *zascojo* cotilla que se atreviese a pasar por allí supiera que en aquella casa estaba Gael de protector. Gael, el terrible.

**Javier Barragán**

## **TERRORES NOCTURNOS**

Dani tiene 8 años. Vive con su familia a las afueras del pueblo en una bonita casa, antigua pero muy bien conservada.

Sus padres trabajan en la escuela y como su ciudad de origen está lejos, decidieron quedarse todo el curso aquí. Les sale mejor que andar todo el día en la carretera.

Dani va al colegio y es feliz en clase y mucho más feliz a la salida ya que puede jugar con sus compañeros, de los que se ha hecho muy amigo.

Sin embargo lleva unos días en los que duerme fatal. En el silencio de la noche oye continuamente suspiros que salen de las paredes de su cuarto. Las horas pasan inexorables y al final, no puede evitarlo y llama a sus padres. Las primeras veces lo llevaban al dormitorio principal y cuando finalmente se dormía volvían a dejarle con cuidado en su camita.

Pero ya se han enfadado con él y han decidido dejarle solo y Dani lo está pasando muy mal.

En la oscuridad de la noche sus miedos se agrandan y su imaginación se desborda. A veces los suspiros brotan de una pared, otras veces de la que está enfrente. Lo peor de todo es cuando se oyen de la zona donde está el cabecero de su cama. Entonces se tapa con las mantas y se queda temblando, sin moverse del sitio. Aterrorizado.

Cada noche es la misma pesadilla.

Por fin convence a su hermano mayor para que se quede con él. Y los dos escuchan despavoridos los extraños ruidos nocturnos.

Avisados sus padres descubren que el viento se cuele cada noche por una tubería rota que hace un efecto de altavoz. Lllaman a un albañil y el problema queda resuelto.

Dani recobra la calma y el pueblo y su casa vuelven a ser un lugar amable donde vivir su infancia.

**Concha Ibáñez Montero**

## **AL DESCUBIERTO**

A Dani le duelen las uñas. Lleva toda la noche arrancando el papel pintado de las paredes de su habitación. La sangre a punto de brotar. Los ojos muy abiertos buscan el más mínimo indicio que señale de dónde viene aquel ruido. Sigue arrancando el papel pintado. El ruido más intenso por momentos. Los ojos, desorbitados, siguen febriles el movimiento rápido de sus dedos. La cara empapada en sudor. La sangre cada vez más cerca. La boca seca, pero no se detiene a beber y su corazón bombea cada vez más fuerte.

El frenesí cesa de pronto, cuando la sangre brota. Los ojos siguen desorbitados al ver cómo fluye por la pared, a borbotones con cada latido. Sus manos manchadas. Y el ruido de antes empieza a confundirse con un gemido de dolor y agonía. Dani cae de rodillas al suelo ensangrentado. Su habitación se desangra. Ya no hay ruido, solo sangre.

**J. C. Santa**

## SI LAS PAREDES HABLASEN

¿Que no entiende qué le quiero decir? Se lo explicaré... Trabajo en la construcción desde que era joven. Solo me faltan dos años para la jubilación. He construido muchas paredes, he derribado muchas más. Tengo una experiencia fuera de lo común.

Al principio todos los muros me salían inclinados. Acababan derrumbándose, aunque tuve la suerte de que ninguna persona muriera aplastada. Luego todo fue mejorando. Con la plomada y el nivel llegué a ser un maestro en levantar muros interiores. Sin embargo, hay mucha competencia en la profesión. Por eso decidí especializarme como “escuchante de paredes”. ¿Que qué es eso? Es una persona que puede analizar la estructura de una construcción a partir de los sonidos que salen de sus entrañas. Porque cualquier edificio es como una persona. Con el paso del tiempo habla, susurra, grita, se queja. Solo es preciso saber escuchar.

Aprendí a distinguir los materiales y su calidad por el crujido al dilatarse o contraerse. También los ruidos de una mala cañería o una conducción de gas defectuosa. No se me escapaba ningún atasco, ninguna fuga. Con el paso del tiempo mis sentidos han llegado a analizar la red eléctrica, la telefónica y hasta las digitales. Por ejemplo, puedo saber si hay una sobrecarga o estimar el consumo. Lo que ya me hace único en el mercado es mi capacidad para escuchar las conversaciones que circulan por cualquier cable. Con decirle que me quisieron contratar organizaciones criminales. Pero soy muy honrado y actualmente trabajo a media jornada en el CESID.

¿Sabía usted que todo sonido produce un eco, una nanovibración que queda registrada en la pared? Mi capacidad se ha ido desarrollando a tal nivel, que puedo detectarlas y escuchar cualquier conversación o ruido que se haya producido a lo largo de la historia en una casa.

¿Conoce la expresión “si las paredes hablasen”? Pues bien, a mí me hablan de verdad. Mi vida está condenada a estar rodeado de ruidos y voces pretéritas. Esto me lleva a vivir solo del pasado. Todo lo llego a conocer. Asesinatos, intrigas, adulterios, engaños... no hace falta que nadie me cuente la historia. Yo sé qué pasó exactamente, qué dijo cualquier personaje.

Mi problema es que también detecto lo que ha pensado alguien que hubiera estado antes en una habitación. Sí, ¿sabía que al pensar, las ondas cerebrales alteran el entorno? Pues eso queda registrado en la pared... y yo soy capaz de escucharlo. De forma que nadie puede guardar nada para mí. Yo todo lo sé. Y creo que estoy desarrollando “complejo de Dios”. Nada hay más terrible. No soy una persona. Estoy disuelto en todo lo que me rodea. No puedo pensar.

Se lo pido de nuevo por favor, señor Doctor. Tenga piedad de mí. Sé que su juramento deontológico se lo prohíbe. Pero bien sabe que las reglas se han hecho para ser incumplidas. Deme una amnistía. Quiero dejar de ser Dios, quiero morir como un humano. Por favor, se lo ruego señor Doctor... ¡Déjeme sordo!

**Antonio Polo Márquez**

## LA LLAVE

Era un sonido rasgado, como arañado sin fuerzas, romo y bastante áspero. También era un sonido relativamente leve, pero continuo y rítmico. Era un sonido eterno porque lo llevaba escuchando desde niño, pero era en los últimos tiempos cuando su ansiedad y su estrés se habían concentrado en su rotunda existencia nocturna.

Desde que estaba desvelado cada noche por culpa de sus problemas laborales y del abuso de alcohol y medicamentos, no hacía más que elucubrar sobre la posible causa del sonido constante que salía de la pared. Había descartado que fueran insectos xilófagos porque el muro que separaba su casa de la de Doña Pili, la anciana solitaria, maniática y medio sorda que vivía al otro lado, no era de madera. Tampoco había un armario, con lo cual el origen estaba en casa de Doña Pilar; no cabía otra posibilidad.

Después de siete años viviendo de alquiler en aquel modesto pisito (un segundo sin ascensor), Dani no había conseguido intercambiar más de tres resecos saludos de compromiso con su vecina. En el primer intento que tuvo de establecer una relación de buena vecindad, Doña Pili se encargó de marcar distancias, poner barreras y fruncir el ceño, por eso jamás se atrevería a insinuarle siquiera que la causa de los ruidos nacía en su casa. Dani se mordía la lengua y la llaga que se producía crecía al mismo ritmo que su desesperación. Debía tomar una decisión. Y lo hizo.

Conocedor de sus costumbres, Dani sabía que el primer fin de semana de cada trimestre, Doña Pili iba a ver a su hermana monja a un pueblo de Toledo. Preparó un plan tan sencillo como eficiente para realizar aquel allanamiento de morada. Esperó a que llegara la noche del sábado para pasar de su ventana a la ventana de al lado utilizando técnicas de escalada seguras y fiables. Con todo el sigilo que pudo consiguió colarse en casa de Doña Pilar sin llamar la atención de los vecinos de abajo ni de la acera de enfrente.

Cuando llegó a la pared que compartía con su casa guiado por su instinto y por el propio sonido que se distinguía claramente, apuntó con su linterna de haz cerrado y rápidamente distinguió la causa. Era un reloj de péndulo que había mudado su tic-tac en un runrún. Eso era todo. Lo detuvo y cogió el llavín de darle cuerda.

Al salir de vuelta a su casa, Dani distinguió al final del pasillo dos pupilas brillantes clavadas en él. Allí no vivían animales, él lo sabía. Se le paralizó el pulso. Entonces escuchó un runrún más áspero que nunca seguido de un hilo de voz aguda y lejana que decía: la llave, la llave... Sintió miedo y prisas y por eso no agarró bien la cuerda. Fue una caída mortal. Las respuestas de la anciana nunca convencieron al inspector Andrada. La pista de la llave del reloj era muy poca cosa.

**José A. Secas**

## DESEOS

¡Pobre Dani!

De pequeño le costó dejar aquel mundo de sombras, propiciado por los reflejos de aquel quinqué de petróleo a lo largo de sus noches. Sombras que campaban por paredes y techos y que no eran otras que las de sus protectores, sus padres por los pasillos. Aquella mecha y la llama envueltas en el tubo de cristal que todo lo magnificaban.

Tampoco le fue fácil liberarse de ese país de represión y paredones, con tantos años de fimosis mental auestas. Ahora era la soledad la que lo acuciaba en su lecho por las noches.

¡Pum!

Ese maldito ruido otra vez en la pared de la habitación.

¡Pum! ¡Pum!

El ruido seguía y se dio la media vuelta sobre aquel colchón en ascuas, y de pronto:

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!...

Y cesaron los golpes al mismo tiempo que el aumento de adrenalina lo sumiría en el pozo del desvelo.

Desde ese abismo soñaba que, por fin, los dueños del piso de al lado habían decidido cambiar, por antiguo, el cabecero del tálamo nupcial de madera, por otro más mullido y acolchado, para la pareja que tenía alquilada su propiedad.

¡Pobre Dani!

**José A. García Feria**

## EL SUSTO DE DANI

Dani estaba atemorizado. Allí, en la oscuridad del dormitorio, todo eran lúgubres y gigantescas sombras provocadas por la luz amarilla de una lámpara, que la mamá de Luis había instalado en un enchufe y que se proyectaba sobre los objetos, generando las oscuras imágenes que tanto pavor le causaban. Aquel artilugio se llamaba “quita miedos”.

¡Vaya que sí! Para él era justo lo contrario; y el viento moviendo las hojas del árbol que había delante de la ventana empeoraba la situación. Observó a Luis durmiendo a su lado, tranquila y apaciblemente.

El, sin embargo, con las pupilas dilatadas al máximo, miraba hacia todos lados observando el bailoteo de aquellas siniestras figuras que se formaban en las paredes y le inquietaban.

¿Y qué decir de los ruidos que se escuchaban? Con su agudizado oído todo se multiplicaba. Además, esta noche se había incorporado al concierto un nuevo sonido. Dentro del armario algo rascaba y rascaba, emitiendo chillidos y gruñidos de tanto en tanto. De pronto, la puerta chirrió y se abrió una rendija que emanaba una potente luz de colores. Muerto de miedo, se acurrucó junto a su compañero escondiendo la cabeza entre las mantas, sintiendo como todo el pelo de su cuerpo se ponía de punta. Apenas podía respirar bien. Se oyó un nuevo crujido y le pudo la curiosidad. Tuvo la osadía de mirar justo a tiempo para ver cómo la puerta del ropero se abría de par en par y varios juguetes caían al suelo armando un gran estrépito; entre otros un coche con sus luces y sirenas encendidas y tras él un pequeño perro de peluche que al instante se convirtió en un sabueso de afilados dientes cuya sombra negra, reflejada en la pared crecía desmesuradamente cayendo sobre ellos.

Se refugió aún más junto al muchacho y de su garganta salió un largo y potente maullido capaz de despertar a todo el vecindario. Luis lo abrazó y viendo lo nervioso y agitado que estaba, le habló cariñosamente intentando calmarlo:

—Tranquilo, mi precioso gatito. No tengas miedo, que no pasa nada.

Y Dani, ronroneando, se acurrucó en el regazo de su amo, dispuesto a dormir hasta el amanecer.

**Isabel Casillas Ibáñez**

## DANIEL

A Daniel le molesta el estómago. Está sentado en la cama y mira fijamente el paisaje anodino de la pintura: un barco con velas hinchadas y mar en calma. Una temeridad paradójica. A Daniel eso no le preocupa, tampoco los sonidos que aparecerán pronto, solo esa pared conserva para él un interés especial y también el único atractivo de su insulsa habitación de cuarto de pensión, con tan solo una cama, una pequeña mesilla, un taburete, la bombilla colgando del techo y un cuadro con barco colgado en esa pared que todas las noches emite sonidos que él ya ha identificado. Una mujer grita, se queja, gorgojea durante unos minutos, después todo queda en silencio. Daniel se imagina la escena, una mujer (Olga, como una tía suya a la que odiaba) es aplastada contra esa pared, un atacante rodea el cuello con sus manos y ella, entre gritos, sollozos, protestas y estertores, siente que el aire deja de entrar en sus pulmones y muere, estrangulada, asfixiada. La pared, colaboradora del asesinato se lamenta, como sujeto de la escena del crimen, está condenada a repetir todas las noches, a la misma hora de la muerte de Olga, esos sonidos. Daniel descubrió que tenía ese don cuando era pequeño, casi niño, aplicaba el oído a objetos inertes, como rocas, puertas, el mismo suelo y estos le devolvían sonidos; era una facultad un tanto incómoda para él, pero ya la tenía asumida como inevitable, así que había ido más allá e imaginaba historias basadas en los sonidos que percibía. Solo una vez se asustó de verdad con ese atributo. Sus padres estaban visitando un antiguo castillo, en la inmensa llanura castellana y empezaron a bajar a las mazmorras con Daniel de la mano, allí, los tres solos, rodeados de aparatos de suplicio y torturas, Daniel comenzó a oír y sentir todos los gritos y lamentos de los desafortunados que habían pasado por allí, y no solo de sonido se llenó el ambiente, brazos, manos, sogas y tenazas comenzaron a salir de las paredes, los padres de Daniel quisieron salir de aquella celda, pero antes de alcanzar la escalera, las manos y los brazos alargados increíblemente, los atraparon y desaparecieron con ellos tras las paredes. Daniel quedó solo desde entonces y la policía nunca creyó su versión.

**Ángel Rodríguez García**

## EL DILEMA

Dani lleva cinco noches sin pegar ojo, las que han pasado desde que se mudó a este piso ubicado en un edificio muy antiguo y a las afueras de la ciudad.

El caso es que por la noche se escuchan ruidos extraños tras las paredes de su dormitorio, y sabe a ciencia cierta que el piso de al lado está vacío. Se devana el cerebro imaginando la causa. Trata de convencerse de que son sonidos normales en las casas viejas producidos por las cañerías o el crujir de las maderas; pero en otras ocasiones, las ideas fantasiosas se apoderan de su cabeza: ¿Y si habitan fantasmas en esta finca? ¿Habrá alguien emparedado tras los muros? ¿Se esconde allí algún delincuente? ¿Y si hay ratas? Decidido a desvelar el misterio, Dani coge un pico del cobertizo, donde el jardinero guarda las herramientas, y comienza a golpear la pared de su habitación. Cuando el agujero es lo bastante grande para poder colarse por él, lo traspasa, y se encuentra con un pasadizo que se pierde en la oscuridad. ¿A dónde llevará este corredor secreto? Armado con su linterna se dispone a averiguarlo. El pasadizo se torna laberíntico y Dani pierde la orientación, pero lo que más le sorprende es encontrar extrañas mirillas que permiten espiar en el interior de cada uno de los pisos. Por fin se topa con una trampilla de hierro; esta da acceso a unas escaleras de piedra negruzca y resbaladiza que llegan hasta el sótano. A Dani le parece estar viviendo un sueño, o peor, una pesadilla, y se imagina que alguien lo ataca de improviso; sin embargo, allí no hay nadie. Mira alrededor desconcertado, intentando vislumbrar algo en aquel espacio oscuro y siniestro. Cuando sus ojos se acostumbran a la penumbra, percibe la suciedad del suelo y una serie de bártulos apiñados en un rincón: un viejo colchón, una manta raída, algunas ropas mugrientas, cartones y restos de alimentos y envases. Se da cuenta de que allí se refugia una persona sin hogar. Descubre una pequeña puerta desvencijada que da acceso a un túnel por el que se sale al exterior de la finca. La entrada al túnel está camuflada entre los arbustos que abundan en aquel paraje campestre y solitario.

A Dani se le plantea un dilema: qué va a hacer con este descubrimiento. ¿Denunciar al okupa del sótano y la existencia del corredor secreto? ¿Callar y aprovecharse de la oportunidad de espiar a los vecinos? Quizás le sea útil; abordará al vagabundo y llegará a un acuerdo con él. No tiene nada que perder.

**Isabel González**

## EL MIEDO DE LA INFANCIA

Habían pasado cinco años cuando abandonó Santejo para partir a la ciudad. Quería convertirse en actor, uno de los mejores, se decía así mismo. A través de su compañero de instituto, Pedro, había alquilado una habitación situada no muy lejos de la academia de actores que también le había aconsejado su amigo. Tenía donde dormir, estaba inscrito en la academia de teatro y además había encontrado un empleo de reparto distribuyendo los folletos de las promociones de un gran supermercado en los buzones de los edificios. Su vida transcurría, entre trabajo y academia, sin apenas tiempo libre.

Una mañana, al levantarse, recordó una frase que encontró escrita en el banco de un parque: “Los sueños son los mismos en todos los lugares”. En ese mismo instante decidió que su pueblo también podría ser un lugar donde cumplir sus sueños.

Cuando llegó, el cielo encapotado amenazaba lluvia. Todo estaba en silencio. No encontró a nadie por las calles del pueblo mientras se dirigía a la casa de sus padres, que era también su casa. Era una vivienda grande con dos pisos y en la parte de arriba se encontraban los dormitorios. El suyo tenía una ventana que llegaba hasta el tejado. Lo encontró igual que lo había dejado hacía cinco años.

Antes de acostarse, se acercó a la ventana, la abrió y miró hacia fuera. La oscuridad era total. Buscó la luna, pero no la encontró en ninguna parte del cielo. Buscó el armario, que había sido de su abuela, y recordó las noches del mes de noviembre, cuando siendo niño veía salir de aquel armario figuras indescriptibles que le obligaban a gritar de terror y la angustia de abandono que sentía cuando nadie acudía en su ayuda. Solo su caballito de madera, Cobrizo, que tantos viajes de películas del oeste realizó con él, le acompañaba. A media noche, unos ruidos extraños que salían de las paredes de su dormitorio le despertaron asustado. Dani tenía miedo, miró hacia el armario que parecía dormido. Para aliviar su temor, se tapó hasta la cabeza tratando de no escuchar aquel ruido extraño que no podía identificar. Al día siguiente, le zumbaban los oídos y se sentía agotado por no haber dormido. Se avergonzaba al recordar el miedo de la noche anterior. Buscó a su madre y le contó lo que le había sucedido. Ella, con una media sonrisa, le pidió disculpas por no habérselo contado antes. El último año, se habían metido en la cámara del aire de la pared de su dormitorio, por un hueco de la persiana de la ventana unos murciélagos, convirtiendo aquel espacio en su guarida. Los ruidos que había estado escuchando eran los gruñidos que emiten en sus entradas y salidas nocturnas del dormidero que se habían habilitado. Su madre le pidió que se fuera a dormir al dormitorio de su hermano porque aún no habían encontrado la forma de echarlos. Dani le respondió que seguiría durmiendo en su dormitorio y para que no le molestaran haría como ellos: dormiría de día y vivirá su vida por las noches.

**Pilar Ruiz Estévez**

## RUIDOS NOCTURNOS

Desde varios meses atrás Dani se despierta todas las noches asustado y busca refugio en el dormitorio de sus padres.

– ¡Otra vez! –exclama su padre malhumorado.

–Oigo ruidos. Y me da miedo.

–Nada extraño hay en la pared, hijo –le dice su madre.

–Vete a tu cuarto –le ordena su padre sin alzar la voz.

El niño rompe en llanto.

–No llores. Vas a despertar a tus hermanos.

–Mamá, papá, ayudadme –suplica entre sollozos.

La mujer se levanta del lecho conyugal y acompaña al niño a su habitación.

–Tienes edad de dormir solo.

En el rostro de Dani se dibuja un gesto de pánico.

–Me acostaré un rato contigo, pero no te acostumbres. Tienes ocho años. Ya eres un hombrecito. Debería darte vergüenza buscar mi compañía.

Enseguida el pequeño se duerme abrazado a su madre. Y esta oye un leve ruido procedente del armario empotrado que no recuerda cuando abrió por última vez. Descubre en su interior trozos de madera carcomida.

– ¡Termitas!

Dani grita soñoliento.

–No temas. Estos bichos solo comen madera.

**Vito Cruces**